



El Requeté

DIOS - PATRIA

FUEROS - REY

Ni me caso ni me vendo, de retóricas no entiendo, y al traidor llamo traidor.

SUSCRIPCION	
Año	\$ 4.-
Semestre	" 2.-
Número suelto	" 0.10

Redacción y Administración
Bernardo de Irigoyen 483
U. T. 38 Mayo 3134

FRANQUEO PAGADO	
Tarifa Reducida	
Concesión N° 4586	

AÑO I

BUENOS AIRES, 1° DE SETIEMBRE DE 1939

N° 11

El momento político español

Difícil cosa es, por cierto, enjuiciar debidamente lo que ocurre en España, con la balumba de noticias discordes y aun contradictorias que sirven a diario las Agencias cablegráficas, y con todo, se precisa desentrañar lo que hay en el fondo de la misma complejidad de noticias y acontecimientos.

Pese a todos los desmentidos y contradicciones resulta un hecho incuestionable lo anunciado hace meses por EL REQUETE, o sea, que la unificación no existe sino en el papel, y ya puede afirmarse redondamente que, si no se pudo hacer durante la guerra, menos, mucho menos, se hará en la paz.

Existe, además, otro hecho no menos evidente y es la pugna entre el Ejército y Falange, y otro, menos visible, pero mucho más hondo y peligroso y es el sentirse los Requetés defraudados no sólo en lo más sustancial de sus aspiraciones, sino hasta en lo meramente externo de las mismas, viendo como predominan los hombres y las ideas que muy poco aportaron al acerbo sangrante de la guerra y sintiéndose desplazados por advenedizos, y, por encima de todo, viendo, una vez más, su secular programa suplantado por modas exóticas e idearios de completa factura extranjera.

La última decisión del Generalísimo, a pesar de todas las informaciones contrarias, ha sido dar la razón al Ejército en su lucha con Falange, y basta, para convencerse de ello, la sencilla observación de los muchos generales en altos empleos, las simpatías políticas de los mismos, así como la importancia suma de los cargos por ellos asumidos.

En el caso del Ministro de la Gobernación se puede ver mejor una continuación del nepotismo que, con harta frecuencia, ha imperado en España, que un triunfo de Falange, sino quiere significar exclusivamente una garantía de seguridad para el Caudillo. Gamero y Sánchez Mazas son ciertamente dos falangistas, pero son Ministros sin cartera, y, por tanto, sin mayor influencia. Los otros Ministros civiles están en el Ministerio más en concepto de técnicos que como políticos; de modo que los militares predominan por su número tanto como por la importancia de los Ministerios que regentan.

El hecho se acerca a una de las bases propuestas por el Carlismo para la conclusión del Movimiento al tiempo de su preparación: La formación de un Directorio Militar para liquidar las consecuencias de la guerra, asesorado por un número, mayor o menor, de técnicos civiles. Propuesta que fué aprobada y aceptada por el malogrado general Sanjurjo.

Sabido es ya por todos que en los preparativos del Movimiento, Falange no contaba en realidad, y José Antonio Primo de Rivera en la cárcel solo pidió conocer la fecha del Movimiento con unos días de anticipación para dar la orden a los falangistas de que se sumasen al mismo. Si después las filas de Falange se nutrieron en la retaguardia hasta el exceso, sin que en el frente se ofreciese, ni remotamente, el mismo fenómeno, no es un misterio para nadie; ya que la camisa azul fué pabellón prodigado doquiera para cobijar descontentos y ambiciosos, no menos que rojizantes y hasta rojos, como lo demostraron, entre otros, los complots de Cáceres y Granada, así como todos aquellos que forman siempre la multitud amorfa de los partidarios del mal menor y del bien posible. Veletas políticas que se mueven siempre a todo nuevo viento

to de apariencia triunfal, aunque están sempiternamente condenados a no ser jamás partidarios del bien mejor.

Pero, si en la pugna entre el Ejército y Falange, ha dado la preferencia al Ejército, en lo que se refiere a los Requetés ha olvidado, casi por completo, cuanto les debe el Movimiento y que fueron los verdaderos artífices de la victoria alcanzada, como lo han reconocido tirios y troyanos, amigos y enemigos.

Tan poco como representaba el verdadero espíritu del Requeté el frío y escéptico Conde de Rodezno, lo ha de representar el pusilánime Bilbao Eguia, cuya actuación cuando la Dictadura de Primo de Rivera, no podrá ser olvidada por los carlistas, aunque le fuese perdonada por Don Jaime III. Su formación intelectual es más perfecta y es también más inteligente que el Conde de Rodezno; pero la abulia de uno y otro corre parejas, y, tal vez, el nuevo Ministro es más débil de voluntad y más miedoso que el anterior, y ya es ponderar. Falla máxima para representar jamás el espíritu audaz e intransigente del Requeté.

Justicia es reconocer que en la declaración ministerial ya no se nos ha roto el timpano con los anodinos puntos de Falange y se ha pasado, como sobre ascuas, al tratar del Nacionalismo; pero, si la presencia de Esteban Bilbao en Justicia es una garantía de que, en lo tocante a los derechos de la Iglesia, se continuará la justiciera conducta de reparación sabiamente empezada por Rodezno, hay muchos otros puntos básicos en el programa carlista sobre los cuales poca esperanza cabe interinamente.

Lo que se confirma por el hecho de haberse publicado el Reglamento de la F. E. T., concluido desde junio de 1937, y en el que pretendieron colaborar — sin comisión jerárquica — Rodezno, Arelano, Mazón y Florida, aunque tuvieron que reconocer, en documento dirigido al Generalísimo, que por lo cerrado del criterio de sus compañeros, se habían visto imposibilitados en su intento.

El Reglamento de referencia, obra de la Junta Política, nombrada a raíz del Decreto de Unificación, no pasará ciertamente a la posteridad como un tratado clásico de derecho político, aunque podría servir de modelo a los aduladores de los mismos Césares, pues, entre otros inventos peregrinos de menor cuantía, inventó el monstruo político de una monarquía testamentaria, encerrada en un sobre para mayor seguridad.

Aunque ya hace siglos que se escribió aquello de "nada nuevo bajo el sol" y "no hay disparate que un sabio no haya dicho", lo cierto es que nuestra pobre cultura no ha llegado a encontrar nada parecido en la historia, ni siquiera en el dicho del Macedón moribundo nombrando sucesor "al más digno".

Dios ponga tiento en las ideas y actos del Caudillo y no permita que el humo de los aduladores le haga perder de vista la más fundamental de las virtudes: la humildad cristiana.

Convirtió el arriño real en la pelli-za del chauffeur fugitivo.

Monarquía que ni siquiera supo morir... Puede ser restaurada la corona que sucumbe teñida con sangre en la pelea.

VAZQUEZ DE MELLA

Lo que se gritaba al salir

¿Qué hacen los requetés? — preguntaba una vez el coronel jefe de un sector, hoy general prestigioso—. ¿Gritan mucho ¡Viva el Rey! ¡Ah! Qué muchachos tan nobles y tan valientes. Dan siempre lo que tienen, todo lo que tienen, que es su vida, y no disimulan sus sentimientos.

—Es que si no sintiesen ese ideal —le contestaron— no serían requetés, ni lucharían como luchan. Son así por lo que llevan dentro, expresan lo que sienten por lo que llevan dentro y mueren como mueren por lo que llevan dentro. Si fuesen de otro modo, en primer lugar habría que reconocer, con Pero Grullo, que no serían como son, y cuando vino la República se hubieran hecho republicanos, más tarde socialistas o comunistas y a la hora de luchar por la Patria, si es que esa hora llegaba, hubiesen contestado que se matase Rita. En cambio, a la República la recibieron con vivas al Rey, y este grito, entonces subversivo, lo soltaron en muchas ocasiones, con oportunidad o sin ella, porque los hombres de ideales no hacen caso de oportunidades, y vitoreando al Rey salieron a los frentes, porque nadie salía vitoreando a la República más que... en el otro lado. ¿Qué querían que gritasen, pues, los requetés y cuantos como los requetés, aparte sus ideales, tantos motivos tenían para maldecir a la República?

Aquel distinguido y valeroso militar, que en tono sonriente hacía la pregunta, sabía por qué lo hacía, y se refería, además, a los requetés del Tercio del Rey, que con gran entusiasmo defendieron su nombre, defensa en la que tanto valor puso el inolvidable Angel Elizalde, que salió de Pamplona el 19 de julio vitoreando al Rey, y ese victor dió cuando en enero pasado el plomo enemigo le destruyó en el frente de Extremadura. Es que aquel jefe sabía cómo luchaban los requetés mientras expresan libremente sus sentimientos, pues él había sido testigo de un brillante y triunfal asalto a una posición enemiga, que se llevó a cabo al grito de ¡Viva el Rey! Por eso preguntó después con afecto maternal: ¿Qué dan muchos vivas al rey los requetés?

Nosotros siempre hemos dado ese grito, y a todos pareció bien el 19 de julio cuando: enlazábamos al de ¡Viva España! Si hasta entonces no se podía poner la boina roja y nos la clavamos en la cabeza; si hasta entonces era subversiva y monárquica la bandera roja y gualda, y la enarbolábamos como bandera única de España; si hasta entonces estaba proscrita la Marcha Real, y la tocamos y proclamamos Himno nacional, era de creer que el viva que suponía lo contrario de la República, que lo habíamos dado muchas veces y que no pocos habían sido encarcelados por él, tendría ancho cauce porque los que vitoreaban al Rey, eran los primeros en salir en defensa de Dios y de la Patria, y los que vitoreaban a la República eran los que escapaban o los que se situaban en el otro lado para seguir persiguiendo a la Religión y a sus ministros y odiando y destruyendo a España.

Y qué entusiasmo, y más donde había pánico, temor a que apareciesen los rojos y pocos o ningún voluntario, despertaban los que entraban dando vivas al Rey. Se sabía que aquellos eran de los finos, de los que se habían levantado en armas porque sentían aquel ideal, que lo expresaban en sus gritos, y que jamás retrocederían. A nadie le ocurrió protestar ni armar ningún barullo. Por eso, es chocante lo que se indignan ahora algunos cuando ope-

nen el feo, y cínico ¡Muera el Rey!, del 14 de abril y del 19 de julio rojo, a lo que no se ha dejado de decir mientras soportamos el régimen republicano, y mucho más cuando se ofreció y se dió la vida para luchar contra aquel régimen. Pues, ¿qué quieren que se grite? ¿Viva la República? A algunos no les disgustaría; pero esos no habían dado la cara cuando valientemente Franco y Mola, en un extremo y otro, se rebelaron por España. Mas estos deben recordar serenamente que el Alzamiento fué contra aquel régimen de oprobio —régimen que si hubiese podido, desde lo más alto a lo más bajo, nos hubiese aniquilado a todos—; que el voluntariado de la hora decisiva salió gritando ¡Viva el Rey!, que ése ha sido el grito con que han muerto muchos mártires, y que nadie ha caído vitoreando a la República... como no sea del lado de allá, del de nuestros enemigos.—SAB.

LOS PROTOMARTIRES CARLISTAS

PROCLAMACION DE CARLOS V EN TALAVERA

Como un reguero de pólvora se extendió por todas las regiones españolas la protesta armada contra Doña Isabel.

El espíritu de los españoles y la opinión pública se manifestaron partidarios, no tan sólo de la legitimidad del Príncipe, sino de lo que éste representaba en lo religioso y en lo político.

Por eso, sin que en ninguna parte se hubieran hecho preparativos bélicos, cuando el pueblo se enteró de que iba a ser proclamada reina la niña Isabel, protestó con las armas al ver que no servían los razonamientos del derecho.

Cuando en Talavera de la Reina se supo, en los primeros días de octubre de 1833, la muerte de Fernando VII, organizó el levantamiento don Manuel González, hombre valeroso, que, antes había sido preso y conducido a Madrid por sus ideales realistas. En la noche del 3 de octubre reunió las dos compañías de antiguos partidarios de la realeza, y los distribuyó en dos grupos, mandados por sus hijos don Francisco y don Manuel.

Aquella noche fueron sorprendidas las autoridades locales, a las que se depuso, y a la mañana siguiente, en la plaza principal de Talavera, con toda solemnidad, quedó proclamado Carlos V Rey de España. Las tropas formaron y el pregonero, ante toda la población, dió las voces acostumbradas para estos actos.

Pronto, con las fuerzas de que disponía, salió don Manuel González de la ciudad con objeto de reunir todos los partidarios de Don Carlos de los pueblos próximos. Encaminóse a La Calera, y desde allí a Puente del Arzobispo, donde tuvo un contratiempo, pues allí quedaron hechos prisioneros algunos de sus soldados, entre ellos uno de sus hijos. Conducidos a Talavera, fueron pasados por las armas, regando con su sangre la tierra que les vio nacer.

Las restantes fuerzas que siguieron a González fueron detenidas en Villanueva de la Serena por un fuerte destacamento de caballería, fracasando rotundamente el plan del valiente jefe tradicionalista.

Don Manuel, con los suyos, fué conducido a Talavera, y en el mismo sitio donde antes había sucum-

(Continúa pág. 2)

Estructura de las Cortes Tradicionales TRAIADORES Y ASESINOS

La estructura de unas Cortes tradicionales será así: las formarán ocho secciones del mismo número de representantes cada una (unos 60), que se llamarán: de los Cuerpos del Estado, de los Cuerpos nacionales, de la Agricultura, de la Industria, del Comercio, de la Propiedad, de las Profesiones liberales y del Trabajo manual. Los Cuerpos, jerárquicamente organizados (Ejército y Marina, Magistratura y Diplomacia), estarán representados por quienes ejerzan los cargos superiores en la jerarquía; el Clero, según normas que se adopten en acuerdo con la Iglesia; los Cuerpos nacionales, por diputados designados en elección de segundo grado; y las clases, por diputados designados por ellas en elección directa. No habiendo dificultad alguna en comprender lo que concierne a la representación en los dos primeros conceptos, se pasa a exponer sucintamente el mecanismo de la del tercero.

El marco electoral natural es, en cuanto al territorio, la región; y en cuanto a la materia, la clase. Por regiones, pues, y en número relacionado con el de sus habitantes, se elegirán diputados por las seis clases sociales, designando cada región por lo menos uno de cada una. Habrá tantos censos como clases, y el que pertenezca a varias, sea varón o hembra, figurará en todos los correspondientes a ellas. Votarán los electores, en consecuencia, separadamente, según la clase a que pertenezcan; y las proclamaciones se harán, por lo tanto, por cada clase, según el escrutinio general respectivo.

La separación de las clases en el acto de la elección debe ser mantenida también en la deliberación. Cada clase mira una disposición legislativa desde el punto de vista que le es propio, y antes de producirse la síntesis de los aspectos parciales, deben éstos ser fijados a determinados. Las clases y los Cuerpos de liberación, en consecuencia, separadamente sobre los proyectos o proposiciones de ley, al mismo tiempo y por idéntico plazo. Las Secciones que en las Cortes democráticas son una supervivencia nominal tendrán una realidad y un contenido.

Expirado el término de la deliberación, reglamentariamente marcado, la falta de dictamen contrario en las secciones se entenderá lógica aceptación del proyecto o proposición de ley; y su existencia una enmienda a éstos, para cuya defensa la clase designará un representante. En el pleno y en sesión pública se discutirán los dictámenes de las secciones y se realizarán las votaciones.

No hay casi necesidad de ponderar las ventajas de este sistema de organización de las Cortes. Tan notorio son que apenas exigen comentario alguno. La deliberación está rodeada de cuantas circunstancias son apetecibles para su eficacia; y la representación, lo mismo en la parte jerarquizada que en la que no lo es, no puede ser más auténtica. En la primera, porque no cabe otra; en la segunda, porque el elector vota concurriendo en él las circunstancias para que el voto en su función social—según se ha visto—se emita en las condiciones por la función impuestas. La prueba de lo afirmado no puede ser más clara.

Si en una sociedad regularmente organizada no se concibe que haya un ciudadano que no pertenezca a una clase social, sigue lógicamente que, como miembros de una clase que ha de ser representada en las Cortes, a todos los ciudadanos—varones o hembras—, asiste el derecho al voto. En este particular coinciden, pues, el llamado "sufragio universal" y el "sufragio por clases". La revolución ha explotado cínicamente el candor de las gentes al presentar el voto "de todos" como una conquista del régimen parlamentario. Su única conquista fue la monstruosa del "voto sobre todo", que al quitar al sufragio toda eficacia y a los ciudadanos toda estimación, hace de uno y de otros fácil presa de los partidos políticos.

Y el sufragio "sobre todo", es decir, en la característica del llamado "universal", es una monstruosidad,

porque deberían integrarlo, y en él no concurren, un acto intelectual previo y otro volitivo subsiguiente. Quien vota—si pretende realizar una operación "humana"—ha de conocer primero aquello sobre que vota, y querer después lo que vota. El elector que carezca de conocimiento—mayor o menor, bajo uno u otro aspecto, que conocer las cosas plenamente no es dado a los hombres—sobre la materia en que ha de recaer su voto, o de libertad para emitirlo, no vota sino en apariencia. Y como son muy pocos los que, en el sufragio "sobre todo" tienen conocimiento de todo y libertad para todo, resulta que en la realidad, por la naturaleza misma de las cosas, no hay sufragio más restringido que el universal.

Para que todos los ciudadanos puedan votar—en el sentido propio y no puramente mecánico de la palabra—es preciso, ante todo, restringir la materia sobre la que el voto recae, sujetándola a los conocimientos del elector; y establecer las condiciones "naturales" (no puramente legales) de todo orden, que dejen a salvo la libertad. Y como el sufragio "sobre todo" carece de esas dos condiciones, el sufragio universal contiene un germen espantoso de males de que jamás podrá ser libertado. Lo reconocen sus más fervientes partidarios. "Tenemos, en manos, en cuanto al elector—dice el conde de Romanones—, completamente desconocida la función del sufragio, a lo cual contribuye, "no sólo la naturaleza humana", si que también y en gran parte las "condiciones especiales del sistema parlamentario", que... ha desarrollado el "instinto egoísta del hombre". "Cualquier burro enriquecido—dice Alba—; cualquier señorito pródigo de su patrimonio; el "parvenu" que gusta de redondearse, y el aventurero a quien conviene "cubrir su re-

tirada"... logran sencillamente, con la sencillez de una caja que se abre, el acta".

Si el elector, al depositar el sufragio, no tiene en vista más que su propio interés, falta el acto volitivo aplicado al interés general. Si el voto se compra, se roba o se falsea por los Gobiernos, falta la libertad para su emisión. Esta, en el sufragio universal, no es, pues, una operación "humana". Es, sencillamente, un hecho de "animalidad gregaria". El lema de aquél no puede ser "un hombre, un voto", sino "un animal, un voto".

Sólo en el sufragio por clases concurren las tres circunstancias necesarias para que sea un acto humano. Encuadrado el elector en una clase "conoce" su necesidad, que es propia y nacional a la vez: "quiere" eficazmente su satisfacción, porque tiene "interés" en obtenerla; y goza de "libertad" porque, aparte de no experimentar opresión alguna por parte de clases jerárquicamente superiores a las que no es dado actuar sobre las otras, su interés personal es el mayor escudo contra la venalidad y la presencia de los demás intereses de clase en la discusión, alcatre para otorgar la representación, no al más rico, sino al más digno.

Si, pues, el sufragio es un acto humano cuando en el elector concurren las circunstancias de conocimiento sobre la materia, libertad e interés; si, en consecuencia, el sufragio universal es un puro hecho de "animalidad gregaria", salvo en casos muy contados y excepcionales en que en la realidad deja de serlo, es bien notorio que hay que repudiar como un mal el sufragio universal, y propugnar como único medio de obtener la representación nacional que aporte a la ley el elemento del bien común, EL SUFRAGIO POR CLASES.

¿QUE QUIEREN LOS DEL REQUETE!

EN los tiempos inquietos y turbulentos de la República, cuando ésta se encabritaba y sacudía sus patas, las gentes pusilánimes y miedosas huían de sus avisperos y se refugiaban en climas más cálidos y tranquilos, como en Navarra, confiando en los chicos del Requeté. ¡Oh, qué simpáticos y valientes les parecían entonces! Gracias a ellos había alguna región en que se podía vivir sin incendios, sin agresiones, sin asaltos al bolsillo. Y cuando estalló el Alzamiento y vieron con asombro y con sorpresa aquellos ríos humanos de boinas rojas, que eran la garantía de su tranquilidad y suponían el respiro para su egoísmo de trasplantados a esta tierra, pero sin que se les comunicase ninguna de sus virtudes, ¡oh, entonces!, volvían a entusiasmarse con Navarra y con los requetés, que tan generosa como bravamente se disponían a luchar y a morir por España, mientras que los que así les admiraban no estaban dispuestos a morir por nada, sino a vivir por todo.

Así fueron unos meses de aclamaciones y de elogios. ¡Qué buenos chicos eran los del Requeté! ¡Y cómo morían! Después de todo, el elogio sin arriesgar ni exponer nada, sin costar un cuarto, era lo que más barato salía. Pero pasaron los meses y los años, se fue "ensanchando Castilla" al paso de la bravura de los que caían por España, y se fue amortiguando aquel entusiasmo, y hasta olvidando, porque ya no era necesario vivir en Navarra; se podía vivir en otras provincias y en otras capitales donde hubiera más diversiones y se pasaba la vida mejor, porque en Navarra se aburrían mucho, era demasiado levítica y, además, ¡tanta boina roja! ¡Ni que todo lo hubiesen hecho los del Requeté!

A esto se ha llegado. Los que antes elogiaran, los que antes se acogieron al refugio y garantía del tradicionalismo, en cuanto pudieron respirar en otro lado y hasta divertirse, que es lo único que han hecho en su vida y lo único que sentían cuando no lo podían hacer, cambiaron de

deseo, las cañas se volvieron lanzas, los plácemes censuras, y fueron a cantar elogios a otros oídos. La ingratitude humana es así de cínica y de innoble. Gracias a que los requetés no fueron a la guerra buscando honores ni frases huecas de los que hueco tienen también el corazón y el cerebro. Fueron contra viento y marea porque se lo dictaba su conciencia, y los deberes de conciencia no dejan de cumplirse jamás los que se han educado en la escuela del honor de la Tradición. ¿Qué habrá ingratos y hasta aprovechados que sin poner bota ni alforja se beneficien de ello? No sería la primera vez. Nadie como el Carlismo ha sido en más de un siglo ardiente defensor de los altos ideales nacionales, nadie más opuesto que él a la revolución anticristiana y antiespañola. El Generalísimo Franco le hizo justicia desde su elevado sitial diciendo lo que habían significado en España el carlismo y el liberalismo, y, sin embargo, éste fue el que campó y el que nos destrozó, y aquel el perseguido y el que no nadie agradecido.

Esto pretenderán—sedimentos de liberalismo después de todo—los que han estado calladito, los que parecían que se entusiasmaban con los requetés cuando les garantizaban su tranquilidad y su egoísmo, y que ahora, cuando los muchachos de boina roja no disimulan lo que sienten, como el 19 de julio, fecha en que hubo muchos disimulos, aún se atreven a alzar el grito: ¡Pues qué quieren los requetés! Pero, ¿quiénes sois vosotros, y en nombre de qué hacéis esa pregunta? ¿Cómo os atrevéis siquiera a dirigiros a los hombres de los que tan distantes habéis estado espiritualmente y en la guerra? Desde luego, los requetés quieren lo que han querido siempre, porque ellos no dejaron de sentir lo que sentían y de ser lo que eran para ir a la guerra, sino que solo por eso fueron a ella. Se lo mandó el rey suavo D. Alfonso Carlos, y con aquel mandato pusieron sus entusiasmos e ideales a las órdenes del llorado general Mola. ¿Es que lo que habían defendido en tiempos de paz lo iban a sacrificar cuando sólo por abrazar aquellos ideales iban a la guerra? ¡Pues ni que los desagradecidos que preguntan,

"¿Qué quieren los requetés!", creyeran que éstos son cipayos y que no tienen más derecho que el de conservar el bolsillo y lo que otros no supieron defender, y el de morir en la trinchera!

—SAR

En estas columnas no podríamos dar cuenta de las muchas traiciones, de las grandes injusticias, de las arterias y maldades de que se han servido los liberales de todos los tiempos para conseguir el vencimiento de los cruzados legitimistas, y, sin embargo, los mismos sectarios del liberalismo, fautores de las mayores atrocidades, han propalado una leyenda de infamias atribuida a los que defendieron, sin espera de más recompensa que la de la satisfacción de haber cumplido como buenos, los principios salvadores de la bandera de la Tradición.

La efemérides que queremos exponer prueba la barbarie de los que, en nombre de la libertad, defendían la causa de Isabel II.

Era don José Mañá un bravo militar que ostentaba el grado de comandante cuando Fernando VII bajó al sepulcro.

Ante este suceso, se vino al campo carlista reuniendo una partida en Cataluña de unos seiscientos hombres; él los instruyó y él los mantuvo de su bolsillo particular. La hacienda, la carrera, la vida, todo lo daba por contribuir al triunfo de la idea.

Los catalanes engrasaban las filas de Mañá, y, por doquier, se le unían hombres deseosos de contribuir a los planes del antiguo comandante.

Otro de su misma graduación, don Francisco Jornet, que militaba en las filas de Isabel II, ofreció a Mañá incorporarse a sus fuerzas con numerosos soldados.

El jefe carlista esperó a Jornet en el sitio convenido. En éste y en la hora marcada se encontraba Mañá con el P. Tusquelles, de los Agnizantes, y varios oficiales, cuando Jornet, seguido de buen número de hombres, se presentó ante el reducido grupo de leales de la Legitimidad, y aquellos desalmados sectarios amarraron al jefe y oficiales carlistas llevándolos a Castellterol, donde el desgraciado Mañá y el Padre Tusquelles fueron fusilados sin piedad, sin auxilios espirituales y después de hacerles padecer horribles sufrimientos.

CUESTE LO QUE CUESTE

REQUETES EN MADRID

Por Pedro María Gavira

Siempre he creído yo que había muchas cosas más elocuentes que las palabras.

Pero ha hecho falta nada menos que una guerra, para que se viera toda la elocuencia de los símbolos. Y de los emblemas.

Es indudable que para nosotros, los símbolos eran, ya desde antes, elocuentes.

Esta veneración tradicional por nuestra boina roja, por nuestras flores de Lys, extraña a las gentes que, desconociéndolos, desconocían lo que tras de nuestros emblemas había.

Ha hecho falta, nada menos que toda una guerra, para que surja espléndida la floración magnífica de nuestra doctrina, representada simbólicamente por las boinas rojas entrañables.

Lo que para nosotros era tan elocuente, ahora empieza a ser comprendido por todos.

Y empieza a ser elocuente para todos...

Durante más de un siglo hemos llevado plagadas en los pliegues de nuestras banderas, las esencias de la Tradición.

Y ha habido acaso por nuestra parte un siglo extremado en mantener discretamente en el silencio nuestras doctrinas y nuestros postulados como si temiéramos el contagio del liberalismo ambiente. Por ello, quizá, depositábamos tanto fervor en el emblema y en el símbolo, comprendiendo de lo que llevábamos en el alma y en la mente, casi como un secreto.

Ya no... Ya no es preciso tanto secreto.

Viene llegando la hora ansiada en que se puede abrir el cofre venerado de nuestras tradiciones. El iris expandiendo por todos los confines. Con orgullo... Y con confianza.

Con un orgullo que se traduce en los samblantes jubilosos, y en los gestos alegres, y que dicho en palabras, viniere a ser poco más o menos esto:

El carlismo "anacrónico", "cavernícola" y absolutista, no era lo que os habían hecho creer. Era algo más, y algo mejor. Era... esto. Porque durante muchos años, las propagandas liberales han hecho creer a las gentes, que el cofre sagrado de nuestras tradiciones estaba vacío. Carecíamos de programa, no teníamos doctrinas. La boina roja no representaba nada...

Ha hecho falta toda una guerra.

Ha hecho falta que el peligro de ver morir a la Patria, pusiera inquietudes en los confiados, y espantos en los indiferentes. Y entonces se han vuelto hacia nosotros los ojos que antes no habían sabido verlos. Y esos ojos, acuciados por tantos temores, han descubierto algo de lo que tras de sí llevaban las boinas rojas y las flores lisadas.

Han empezado a comprender el valor de nuestros símbolos. Y bien...

Madrid—que es sin duda otro símbolo, aunque sea de signo contrario—ha visto entrar a los Requetés.

Es más todavía...

Madrid se salió de sus cauces, para irse a las trincheras a atraer a los Requetés.

Y adorarles a su paso por las calles.

Yo sé bien la efusión meridional, demasiado intensiva para ser constante, que el pueblo pone en sus ex-

pansiones algunas veces. Pero conozco, por larga experiencia, el instinto del pueblo.

Y ese instinto llevó al pueblo de Madrid hacia los parapetos de la Ciudad Universitaria, en los días de la toma de la capital. Y le ha llevado luego en las demás calles hacia la adoración por el Requeté. Porque el Requeté es, nada menos, que un símbolo.

Simboliza algo que el pueblo adora, y que el pueblo siente.

Todo aquello—lealtad, serenidad, desprendimiento, patriotismo y Fe—que permanecía tras de cada boina roja, y que ahora, al ser lanzada la boina al aire alegre de la Primavera, queda al descubierto.

Requetés en Madrid...

Se han llenado las calles de voces y canciones.

Se han llenado las calles de Himnos.

Muchos labios al pronunciar las palabras de cada letra, quizá por vez primera, encuentran en ellas un sentido que no habían adivinado.

"Cueste lo que cueste..."—se canta desahogadamente. Y se va sintiendo, mientras se canta, la gran voluntad de vencer que había en el verso poco literario pero muy expresivo.

Ha costado mucho. Mucho... pero no importa. "Cueste lo que cueste".

Y en la Plaza de Oriente, y en la calle de Bailén, las gentes que pasaban cantando, miraban con alegría hacia en los ocos, la mole magnífica del Palacio Real, donde habían la guardia reanuda.

En "aquel" Palacio...

Difícilmente la Providencia podía haber dispuesto mejor antídoto contra el ambiente de que estaría saturado el Palacio.

Siete años de república de liberalismo, exigían la intervención enérgica de unos "fumigadores" decididos.

Y la desinfección la habrán hecho los Requetés.

No debía de ser simbólico todo esto ¿verdad?

El centinela, ladeada su boina roja, mientras hace la guardia de bayoneta calada, en la garita de la puerta principal habrá sonreído alguna vez, orgulloso y satisfecho, al escuchar el "Oriamendi".

Que es, también, simbólico...

LOS PROTOMARTIRES CARLISTAS

(Viene de la pág. 1)

bido uno de sus hijos se praná con el que le quedaba a morir como cristiano.

No lloró el bravo González su suerte. Pensó en la de España y suspiró de sentimiento pensando en el hijo que tenía junto a sí, y a quien trató de consolar y de inspirar valor.

Y cuando quiso estrecharle para sucumbir con él en un último abrazo, no pudo conseguirlo. Una descarga dio fin de la vida de aquellos dos héroes y de otros cinco compañeros más.

Don Manuel González, sus hijos y los que con ellos cayeron aquel día regando con su sangre la tierra lavadera, fueron los protomártires del Carlismo.

CLARO ABANADES

España puede volver a ser grande porque el pueblo guarda con fe piadosa las tradiciones de sus padres, conserva como un fuego sagrado los grandes principios de la nacionalidad, gusta sobre todo que se le hable en su lengua antigua: quiere en todo la verdad y la justicia para todos. — APARISI Y GILJARRO.

La Monarquía Española del Mañana

(EL PENSAMIENTO CARLISTA SOBRE LA CUESTION SUCESORIA)

Boletín de "El Requeté"

Quién Nunca Será Rey Legítimo de España. — Cómo Deberá Ser el Futuro Rey de España

A MANERA DE PROLOGO

Para la recta inteligencia de los acontecimientos que se vienen sucediendo en España, de largo tiempo a esta parte, se precisa estar interiorizado en la política española desde mucho más atrás, bajo pena de encontrar no pocas cosas ininteligibles.

España ha ido siendo envenenada durante más de siglo y medio; toda vez que su historia torció ya de rumbo con el tercero de los Borbones, cuyos ministros, alimentados por el filofrancismo francés, malamente sentían el catolicismo que formaba como la base y la solera del pueblo español. Así se vino a demostrar en la homérica guerra de la Independencia, en la que el pueblo español manifestó virtudes raciales, como en otros tiempos mejores; pero que, en definitiva, después de haber sido el vencedor en los campos de batalla, fué vencido en el terreno ideológico, ya que lo que, al fin, vino a prevalecer en la constitución del Estado fueron las ideas revolucionarias, que, tan heroicamente, había vencido en los campos de batalla.

En el correr del siglo XIX el liberalismo fué infiltrándose en todas las instituciones nacionales, envenenando, cada día más, la sangre de la Nación y llevándola a un estado de postración y decadencia tal, que se perdieron los restos de aquel inmenso imperio colonial en el cual, otrora, no se ponía el sol.

Es cierto que las guerras carlistas fueron una protesta contra tan lamentable estado de enervamiento; pero ellas no podían sino vigorizar por un tiempo la sangre enferma del cuerpo nacional, señalar el camino errado que se seguía y preservar, con la amenaza de la protesta armada que el carlismo esgrimía constantemente, el mal máximo, o sea, la conformidad, de todo el cuerpo nacional en la apostasía oficial.

CONDUCTA SUICIDA DE LA MONARQUIA LIBERAL. USURPADORA

La Monarquía constitucional, desde que se afianzó sosteniendo la legitimidad de Doña Isabel contra los principios de la Monarquía tradicional, representados por el Rey legítimo Carlos V, el hermano de Fernando VII, no hizo otra cosa, hasta su derribo definitivo el año 1931, que pactar habitualmente con la revolución, a la que debía su entronización, arrojándole astillas de altar, sin parar mientes en que al mismo tiempo iba socavando la base del trono.

Llamábanse avances de la democracia lo que, en definitiva no era sino ir cediendo posiciones, que debilitaban las mal llamadas fuerzas conservadoras, tanto como robustecían y envalentonaban el espíritu revolucionario. No querían convencerse los ciegos adoradores de las esencias liberales que estaban cavando la sima que había de tragarnos, juntamente con todos los doctrinarios ecléticos, cuyo efímero reinado prenunciaban reiteradamente los pensadores del carlismo, sin que les hiciesen ningún caso los bien llamados con una paz que les permitía el tranquilo goce de aquellos bienes que, procedentes de los de la Iglesia, les procuraban una vida fácil y regalada.

Aparentaban creer, o creían estúpidamente, que la bestia revolucionaria se saciaba con unas piltrafas de carne de cura o de fraile, y no querían darse cuenta de la insaciabilidad de los apetitos revolucionarios.

La monarquía instaurada en Sangunto, copia borrosa de la constitucional inglesa, por el remedo de sus dos partidos, conservador y liberal, con tal de conservarse, fué sacrificando las postreiras esencias patrias, hasta que, al fin, olvidando toda idea de la dignidad y del honor y hasta el deber que tiene el mismo ladrón de guardar incólume para su dueño la cosa robada, el último detentador echó a rodar la corona usurpada al fango de la revolución, con la falta de virilidad mayor que registra la historia; pues hasta la propia familia se abandonó en el barco que naufragaba, olvidando la obligación de todo capitán decente que le impele a ser el postrero en abandonar el puente, y excusándose en un humanitarismo ridículo de la sangre que podía derramarse, lo que no le impide pretender villanamente aprovecharse ahora de los ríos inmensos que corrieron de la mejor y más noble, que es injusto, infame e imposible pensar que pueda derramarse en provecho de cobardes usurpadores y no para fertilizar el suelo de la Patria que hiciera infecundo la Monarquía liberal usurpadora, barrida a perpetuidad de España mientras quede un español digno de tan glorioso nombre.

PRINCIPIOS AXIOMÁTICOS
Deben afirmarse rotundamente dos principios, a manera de axiomas:
Jamás podrá ser rey legítimo de España quien haya representado el espíritu que la ha envilecido.
El futuro rey legítimo de España deberá venir envuelto o tremolando la bandera de las tradiciones patrias.

Consecuencia lógica de estos principios es que el futuro Rey legítimo de España debe encarnar la doble legitimidad: de origen y de ejercicio, para fundamentarse en la justicia, base inmovible del reino, según sentencia debida al genio de S. Agustín.

Se ha empezado a hacer justicia al Carlismo; pero mientras no se le haga completa y total, España no llegará a constituirse, porque estará fuera de sus carriles tradicionales, y será inútil cuanto escriban, digan o hagan los hombres, aun con la mejor buena voluntad; pues la España nueva o tendrá por base y fundamento la justicia, o ni será nueva, ni será España. Más que tonto —como alguien dijera— es criminal creer que una sociedad deshecha puede salvarse legalmente con una legalidad inicua.

FUNDAMENTO JURIDICO DE LA LEGITIMIDAD CARLISTA
Se ha dicho y repetido mil veces que sí, al morir Fernando VII, los partidarios de Doña Isabel hubiesen levantado el pendón de las tradiciones patrias y

nuestro Carlos V el de las esencias liberales y constitucionalistas, se hubieran trocado los defensores de uno y otra y hubieran sido fervientes isabelinos los que fueron entusiastas y abnegados carlistas y viceversa; queriendo indicar que la legitimidad poco o nada significaba.

Si hacemos atenta reflexión sobre esa idea tan repetida, veremos fácilmente que no tiene más verdad que su apariencia externa.
Ha sido doctrina carlista, constantemente admitida, y acaso, por primera vez, oficialmente expuesta por la Princesa de Beira en su "Carta a los Españoles", la teoría de Santo Tomás de Aquino sobre las dos legitimidades del poder; la de origen y la de ejercicio.

Supuesta la imposibilidad de que Don Carlos V, haciendo traición a España, hubiese abrazado las ideas liberales, por este solo hecho hubiera perdido la legitimidad en el ejercicio del poder; como la perdió más tarde su mismo hijo Don Juan y por ello, fué proclamado el derecho del hijo de éste, presentado por la Princesa de Beira, nuestro tan recordado Carlos VII, entonces de DIECISEIS AÑOS de edad, quien se levantó contra su padre muy respetuosamente, pero muy enérgicamente; pues el Rey a los catorce años se considera responsable de sus actos, como un mayor de edad.

LA LEY DE FELIPE V

El nieto de Luis XIV de Francia, ya en pacífica posesión de España —que le fuera disputada por el Archiduque de Austria en la cruenta Guerra de Sucesión, surgida al morir Carlos II— dió una Ley (10 de mayo de 1713) para la sucesión de sus Reinos que, aunque se ha llamado con frecuencia Sállica, no lo es en realidad, sino semisállica o gombeta, pues no descarta en absoluto a las mujeres en la sucesión del Reino, sino mientras haya línea varonil, aunque sea más alejada del trono.

Es un hecho históricamente incontestable que, al nacer el segundo hijo de Carlos IV y María Luisa, el que fué más tarde nuestro Carlos V, en 1788, era Ley del Reino la promulgada por Felipe V.

Es inútil pernear contra ese hecho del que arranca el derecho de Carlos V, porque, en el supuesto de una ley posterior, que ya veremos no existió, **JAMÁS PODÍA TENER EFECTOS RETROACTIVOS, LESIONANDO DERECHOS YA ADQUIRIDOS.**

La supuesta derogación de la Ley, mal llamada Sállica, por la Pragmática de Carlos IV, o más exactamente, por los preliminares para la Pragmática en cuestión, ¿en qué año tuvo lugar?

También la fecha es históricamente incuestionable. EN EL AÑO 1789.

LA VERDAD SOBRE LA PRAGMATICA DE CARLOS IV

Empecemos por afirmar como

hecho, también históricamente incontrovertible, que la supuesta Pragmática de Carlos IV del año 1789, no fué promulgada sino el año 1830 por Fernando VII, o sea, 41 años después.

Según la Pragmática sanción se pretendía abolir la Ley Fundamental del Reino, promulgada por Felipe V, dando paso a las hembras en la sucesión al trono. Lógicamente dicha Pragmática sanción de 1830, en todo caso, sólo podía tener el valor de lo dispuesto por Carlos IV en 1789, ya que pretendía ser su retardada promulgación.

Pues bien: Carlos IV no mandó expedir la Pragmática, como se hace decir a Fernando VII, sino que —supuestas todas las autenticidades en las notas de las actas de las Cortes de 1789, y en especial del Decreto del Decreto del Rey (y no se dice qué mano lo puso, ni si tiene la rúbrica real y si lo autoriza algún secretario)— lo que esos documentos manifiestan es que el Rey tomó la resolución de que: "ORDENARÉ al Consejo expedir la Pragmática según los dictámenes que haya tomado"; y, aun así, encargando el secreto.

Sólo se tomó el dictamen de los Obispos y en ninguna parte consta que se mandara expedir la Pragmática.

En resumen: Una promesa del Rey que, como tantas otras en la historia, no se cumplió.

Y la voluntad que **TEMPORALMENTE** pudo tener Carlos IV no sólo no se manifestó por actos posteriores, sino muy al contrario, ya que dieciséis años después, en el año 1805, ordenó la Novísima Recopilación de la Legislación Española y la hizo encabezar por la Ley Fundamental de Felipe V.

Además, la iniciativa no partió de las Cortes, sino del primer ministro del Rey, probablemente por inspiración de éste; pero los procuradores en Cortes no tenían poder para tratar el asunto, toda vez que habían sido convocados para jurar al Príncipe de Asturias.

Las supuestas malas condiciones de paz y orden en España en 1789, que, según los liberales, impidieron la promulgación de la Pragmática, eran muchísimo peores en 1830.

LA TESIS CARLISTA

Para nosotros, los carlistas, continúa siendo un hecho, jurídicamente cierto, la existencia de la Ley sucesoria de Felipe V, porque nadie en derecho español estricto la ha derogado.

Terminada desgraciadamente la rama legítima de los Borbones de España con la muerte del Rey Don Alfonso Carlos (q. d. D. g.) ¿puede la rama usurpadora adquirir la legitimidad de origen?

No ha faltado quien lo ha supuesto, aunque sin fundamento alguno; porque no pueden apoyarse en la Ley de Felipe V, ya que, para la supuesta legitimación de la usurpación verificada en 1833, la declararon abolida y no tiene título alguno para heredar a quien ni han reconocido, ni los ha reconocido. Nos referimos, naturalmente, a don Al-

fonso de Borbón-Hapsburgo y descendientes.

El alegar ahora que son descendientes directos del último hijo varón de Carlos IV, don Francisco de Paula, reconociendo tardíamente y después que la supusieron abrogada, la semisalicidad de la Ley sucesoria, no pasa de ser un maquiavelismo que a nadie puede convencer.

La rama usurpadora, que aceptó como fuente de derecho los principios liberales, no tiene ni la más remota razón legal, toda vez que en el Diario de Sesiones de las Cortes Generales y Extraordinarias celebradas en Cádiz, y al tomo IV, pág. 2947, consta el Decreto excluyendo de la sucesión a la corona de España a la rama de don Francisco de Paula y de la Infanta Luisa y a su descendencia "por las especiales circunstancias particulares que en ellos concurrían".

Los medianamente versados en historia supondrán el fundamento del Decreto con sólo recordar a Godoy, el flamante Príncipe de la Paz y María Luisa, la esposa de Carlos IV.

Además; la Ley de Felipe V, no es de agnación rigurosa, en cuyo caso debería ascenderse hasta el tronco al faltar la línea varonil, sino de agnación mitigada, y, por tanto, la Ley excluye a las hembras, mientras exista varón descendiente del último reinante, aunque sea de línea colateral; pero, faltando aquél, debería, en tal caso, acudir a las hijas del último reinante, en sucesión de edad, y sólo para traspasar los derechos a su primogénito.

Recuérdese, todavía, la ley, votada en el Parlamento de 1834 por la que se excluía a perpetuidad de la Corona de España a nuestro Carlos V y a sus descendientes. La razón jurídica y el mismo sentido común exigen la paridad y, por consiguiente, deben ser excluidos perpetuamente doña Isabel y sus descendientes de todos los derechos que competan a Carlos V y a sus legítimos sucesores. Es ridículo y absurdo pretender lo contrario.

Ya que por Ley es absolutamente imposible que los derechos de los Reyes Carlistas pasen a la rama Borbón-Hapsburgo y descendientes, ¿ha heredado ésta dichos derechos?

Cómo no existe documento que lo afirme, debemos estar a los documentos reales auténticos para resolver la cuestión.

Don Alfonso Carlos en su Manifiesto de fecha 29 de junio de 1934 dice:

"...DECLARO: Que no teniendo sucesor directo, sólo podrán sucederme quienes, sabiendo lo que ese derecho vale y significa, unan la doble legitimidad de origen y de ejercicio, entendida aquélla y cumplida ésta al modo tradicional, con el juramento solemne a nuestros principios y el reconocimiento a la legitimidad de Mi rama.

Que siendo dentro de la doctrina tradicional más necesaria aún que la legitimidad de origen, la de ejercicio, cualquier llamamiento que refiriéndose a la primera y guiado por el afán de procurar una solución nacional y contrarrevolucionaria hubiera podido hacer, queda desde luego anulado e invalidado ante la persistencia en mantener derechos constitucionales y principios políticos sólo admisibles dentro de

FRANQUEO PAGADO
Tarifa Reducida
Concesión N.º 4586

un sistema liberal, y reñidos, por tanto, con la Tradición Española. Porque jamás podría yo cometer, y protesto solemnemente que no cometeré, la inconsecuencia de entregar las Huestes Leales, que tantos esfuerzos realizaron por el triunfo de nuestros inmortales principios, a la dirección de quienes no acertaron a comprender la magnitud de tanto sacrificio y a deber de reparar el daño inmenso que un siglo de liberalismo y revoluciones originó a España".

Aunque las líneas transcritas, algunas de las cuales nos hemos permitido subrayar, son claras, tajantes e intergiversales añadiremos otras del Decreto del 23 de enero de 1936, instituyendo la Regencia.

"... Tanto el Regente en su cometido, como las circunstancias y aceptación de Mi Sucesor, deberán ajustarse, respetándolos intangibles, a los fundamentos de la Legitimidad española, a saber: I. — La Religión Católica Apostólica Romana, con la unidad y consecuencias jurídicas con que fué amada y servida tradicionalmente en Nuestros Reinos. II. — La constitución natural y orgánica de los Estados y cuerpos de la sociedad tradicional. III. — La federación histórica de las distintas regiones y sus fueros y libertades, integrante de la unidad de la Patria española. IV. — La auténtica Monarquía tradicional, legítima de origen y ejercicio. V. — Los principios y espíritu y, en cuanto sea prácticamente posible, el mismo estado de derecho y legislativo anterior al mal llamado derecho nuevo".

Los carlistas profesamos la doctrina de la completa subordinación de la legitimidad de origen a la legitimidad de ejercicio, por la potísima razón de que el poder, que reconocemos procede de Dios, sólo ha sido concedido para bien de la sociedad; y tal principio se practicó al repudiar el Carlismo a su Rey legítimo de origen, el padre de Carlos VII, por haberse liberalizado, ilegitimado por ejercicio, y el hijo, de sólo 16 años, se levantó contra su padre declarándose, primero por la Princesa de Beira y luego por carta propia dirigida a su padre, legítimo poseedor de los derechos tradicionales, y por tal fué reconocido. Y esta doctrina ya es de lejana aplicación en España, donde tenemos en el Santoral y Martirologio a un hijo rebelado contra su padre; San Hermenegildo contra su padre Leovigildo, hereje arriano.

Es evidente con claridad meridiana que don Alfonso de Borbón-Hapsburgo, ex jefe de Estado constitucional, aprovechador y fautor de los principios liberales y, por acción u omisión, causante principalísimo de todos los males de España en los últimos cuarenta años, NO SERÁ JAMÁS PARA LOS CARLISTAS EL LEGÍTIMO REY DE ESPAÑA. Le falta la doble legitimidad y le sobra el ser causante de calamidades. Medítense las anteriores palabras del Rey, Don Alfonso Carlos, y resulta evidente; pero existen otras, que son póstumas y se publicarán en su día, que son todavía más terminantes, si cabe, y, por encima de todo, definitivas, porque son la postrera voluntad, ya no rectificable.

¿Podría ser Rey legítimo de España y, por tanto, grato a los carlistas, el hijo de don Alfonso de Borbón-Hapsburgo, don Juan de Borbón-Battenberg?

EL PORQUE RECHAZAMOS A DON JUAN

Fuerza es confesar que, aún entre los carlistas, singularmente los declarados tales a raíz de la proclamación de la República en 1931, ha cundido, y por algunos se ha aceptado, la idea de que si don Alfonso de Borbón-Hapsburgo es rey imposible para los carlistas, no lo es su hijo, don Juan de Borbón-Battenberg.

La idea ha sido propiciada por los carlistas, digamos, nuevos y por algunos viejos, probablemente cansados de andar peregrinando por el desierto, alejados del olor de las ollas presupestivas o de los honores, que crearán más cercanos con don Juan, que con el Príncipe legítimo en derecho, pero realmente desconocido.

Es achaque viejo del Carlismo, no sólo aceptar entusiasmado cualquier nuevo prosélito, sino encaramarle muy pronto en situación directiva por poco que destaquen sus cualidades, sin que escarmiente con los fracasos de las orientaciones que muy pronto han pretendido imponer los recién llegados y encumbrados.

El espíritu carlista no se obtiene de repente, y hasta podría afirmarse que quien no lo tiene por el abolengo (no hablamos de la sangre para que no se nos confunda con quienes ni afinidad tenemos), o no lo adquiere por el ÚNICO camino del sufrimiento y del sacrificio, NO LO TENDRÁ JAMÁS. El p'acer de sacrificarse por el Ideal Carlista y sentir hasta repugnancia y asco ante el sólo pensamiento de beneficiarse con el triunfo del mismo, que es lo que fundamentalmente constituye el espíritu carlista, no se adquiere ni por el convencimiento intelectual, ni por la aceptación de los principios carlistas, ni siquiera por la proclamación y defensa externa del programa carlista en toda su integridad.

Se empieza a adquirir únicamente el día que se comienza a sufrir por el Ideal y se obtiene la plenitud del espíritu carlista, cuando se está dispuesto a todos los sacrificios, sin repugnar el martirio; pero, no sólo haciendo abstracción de todo posible beneficio particular, sino renunciándolo expresamente.

Pregúntese a cuantos posean ese verdadero espíritu carlista si están dispuestos a aceptar al hijo de don Alfonso de Borbón-Hapsburgo para rey de España y se verá que, en su inmensa mayoría, lo reputan un cuasisacrilegio.

Cinco guerras hechas contra la familia de don Juan y, sobre todo, contra los principios que ella encarna y de los que él es el heredero, son muchas guerras para que puedan borrarse de una plumada. Los ríos de sangre, las montañas de huesos y el mar inmenso de sacrificios que representan y recuerdan ni pueden desvanecerse, ni mucho menos puede aceptarse que al fin llegue a disfrutar el fruto de tales sacrificios el heredero de quienes los causaron. Hasta a sacrilegio suena contra el obrar ordinario de la misma divina Providencia.

En medicina, el sistema homeopático tal vez sirva para algo; pero, en el orden social, se requieren causas contrarias a las que ocasionaron los males, si se quieren curar éstos.

Legalmente don Juan no puede tener otros derechos sucesorios que los que le provienen de su padre, quien los hace derivar

de la constitución del 76; título a todas luces ilegítimo por ser la aceptación integral del liberalismo, que es, a la par, inmoral y antinacional. Recuérdese al mismo tiempo que se necesita voluntad expresa o tácita, implícita o explícita y por acto externo para adquirir, poseer o transmitir derechos, porque se trata de un acto jurídico. Y como don Alfonso ni tiene, ni jamás ha manifestado intención, ni voluntad alguna de adquirir y, por tanto, transmitir los derechos sucesorios de la dinastía carlista, resulta evidéntísimo que don Juan tampoco puede adquirirlos.

Además todas las razones legales de exclusión alegadas contra su padre, militan exactamente contra él, y dejó —por amorosa providencia de Dios para con España (lo creemos firmemente)— pasar y perder la ocasión de adquirir títulos de legitimidad que, tal vez, nuestro Don Alfonso Carlos se hubiera apresurado a concederle, como se desprende de uno de los documentos anteriormente transcritos.

Hoy se puede afirmar rotundamente que el ÚNICO que podía legalmente presentarlo a España, como el legítimo Príncipe de Asturias, Don Alfonso Carlos, murió, no sólo sin hacerlo, sino excluyendo primero veladamente y, por instrucciones póstumas terminantemente a todos los individuos de la rama usurpadora. Y no hay ni sombra de duda de que los carlistas no hagamos buena la postrera voluntad del Rey, cueste lo que cueste en tiempo y sacrificios.

No han faltado tampoco algunos carlistas, o tal vez únicamente tradicionalistas en el fondo, que, ante la imposibilidad de reconocer legalmente a don Juan como sucesor de Don Alfonso Carlos, lo han proclamado su heredero, aunque con la misma falta de fundamento; porque salta a la vista que no puede ser su heredero forzoso, y, por consiguiente, para serlo de algún modo, sería necesario haber sido instituido por documento o voluntad claramente manifestada por Don Alfonso Carlos; único que podía instituir heredero, en defecto del forzoso por la ley.

Ni ha sido reconocido como sucesor de Don Alfonso Carlos, ni ha sido instituido su heredero; por tanto no puede alegar derecho alguno ni a la sucesión, ni a la herencia, y, por consiguiente, jamás será el rey legítimo de España para los carlistas.

Es imposible prescindir de que no ha reconocido, y por tanto ya no puede reconocer OPORTUNAMENTE, la legitimidad de la rama proscrita, ni ha aceptado los principios que ésta ha sustentado a través de un siglo; ha contraído matrimonio sin el permiso del legítimo Rey, aunque pretendiendo hacerle víctima de un maquiavelismo burdo que tropezó con la rectitud sencilla, espíritu de justicia y santidad de Don Alfonso Carlos y, finalmente, se ha revelado constantemente súbdito obediente (menguada obediencia en un pretendiente al trono de San Hermenegildo) de la persona y principios de su padre, don Alfonso de Borbón-Hapsburgo en nombre de los cuales se proclamó torpemente Príncipe de Asturias.

Por todo lo cual importa repetir muy alto que, para los carlistas, JAMÁS SERÁ EL REY LEGÍTIMO DE ESPAÑA, ya

que le faltan todos los derechos hereditarios y todas las condiciones impuestas en el decreto instituyendo la Regencia.

Resta dilucidar una postrera cuestión.

No puede ser don Juan ni el sucesor, ni el heredero de los derechos carlistas. Aceptado. Pero EL REQUETE ha propugnado la instauración de una nueva dinastía, la de Don Carlos de España, llámese como se llame el candidato ¿no podría ser don Juan ese candidato?

Con la delicadeza posible para la persona; pero con la máxima justicia y verdad para la causa de España, que es la que en definitiva se ventila, diremos sinceramente nuestro parecer.

Empecemos por reconocer que, dados los derechos legítimos sucesorios, las condiciones personales del heredero son algo accidental o a lo menos no esenciales en absoluto, mientras no sean completamente negativas o claramente nocivas, como ocurrió en el primogénito de Felipe II; porque, con la institución del Principado, —gran bien que hace posible la perpetuidad de la monarquía,— se logran atenuar las fallas intelectuales y aún morales, mediante la educación y formación oportunas.

Es un hecho histórico que todos los instauradores de monarquías han reunido notables cualidades personales.

¿Cuáles son las de don Juan de Borbón-Battenberg?

En el orden religioso, según testigos de mayor excepción, su formación es tan deficiente que no puede hablarse de su piedad.

En el orden práctico su indiferentismo político es completo, sin que jamás le hayan podido encontrar sus más apasionados el menor atisbo genial, ni siquiera es capaz de sostener con altura una conversación de tema político y menos hacer unas declaraciones importantes.

Carácter débil e irresoluto, cuya sola ponderada virtud es únicamente un producto del mismo.

Sus más entusiastas panegiristas no saben hallarle otra cualidad que su obediencia filial. Si ello no fuese ridículo, sería cosa de reírse ante un hombre, mayor de edad, casado, padre de familia y pretendiente a la corona de San Hermenegildo, ostentando como única prenda de su futura actuación en pro del bien común, la obediencia servil y holgazana a quien mejor ha encarnado, entre todos los usurpadores de los derechos monárquicos, los principios, tendencias y sistema que han consumado la decadencia de España y la han llevado al borde mismo del abismo.

La familia, de la que forma parte, es un ambiente maléfico y es tronco podrido física y moralmente hasta la última raíz.

Después de todos los desastres que ha presidido su familia, la restauración de ésta sería atentatoria al honor nacional.

No podría ser el rey de todos los españoles, porque los carlistas lo mirarían siempre con recelo y se debería a Renovación, de cuyos gerifaltes es hechura y esperanza; ni mucho menos podría ser el rey capacitado que España requiere en las excepcionales circunstancias que atraviesa, porque sólo es un verdadero SEÑORITO, en el sentido peyorativo de la palabra.

Está faltó de un sólido apoyo nacional, como lo demuestra el hecho de que, después de setenta años de la Restauración sa-

guntina, no hayan podido aportar una sola unidad táctica al frente guerrero del Movimiento, ni tiene otra fuerza que un estado mayor de viejos políticos, sin masas populares de ninguna especie; de modo que todo su aporte al Movimiento salvador de España se ha reducido a unos telegramas y manifestaciones de evidente alcance personal.

Si alguien pretende magnificar el GESTO hecho al principio del Movimiento, tratando de incorporarse al mismo, sólo cumple recordar que lo hizo a son de tambor, probablemente para que se lo estorbasen y lograr un miserable efecto político. Bien al revés de lo que hizo el Príncipe Gaetan de Borbón-Parma, cuyo incógnito, aún para sus más próximos camaradas, sólo lo descubrió la granada que le cosió materialmente el cuerpo con sus cascotes, de los que, por rara fortuna, libró la vida. Aún entre los allegados de don Juan no faltaron los que supieron ofrendar sus servicios y su vida sin alharacas.

Sólo queremos mentar su vida en Roma de cine diario, mientras España se desangraba por mil abiertas heridas y la ironía sarcástica con que él y su esposa contestaban a la dama que tan triste, como respetuosa e inútilmente les observaba la frivolidad amarga de su obrar en tan terribles circunstancias para la Patria. Fué un hecho público en Roma, como otros que no hace falta recordar; pero si quisiese compendiar alguien sus cualidades para rey podría decir: Físicamente es una ruina, decadente, minada por enfermedad orgánica hereditaria; intelectualmente es una nulidad, espiritualmente una frivolidad y en todo y siempre una perfecta calamidad.

En resumen: Le faltan todas las condiciones de capacidad, formación y carácter para ser el instaurador de una nueva dinastía y tiene todos los inconvenientes y fallas imaginables.

El Requeté, para el que nunca ha tenido ni una mirada, no lo aceptará jamás, y el Carlismo se levantará nuevamente en armas si Inglaterra, la masonería, el judaísmo, la diplomacia o cualquier otro poder pretende imponer a la Patria el oprobio máximo de él u otro de la familia de Borbón-Hapsburgo, como rey de España.

El Requeté propugna y defiende:

La instauración de una nueva dinastía, cuyo primer representante se llamará Carlos de España, sea cual fuere su nombre y familia.

Será propuesto a la par por el Regente de la Comunión Tradicionalista y por el Caudillo militar de España y jurado, a la antigua usanza, por los procuradores en Cortes.

Deberá excluirse a todo sucesor directo de la rama usurpadora empezada en Doña Isabel, la hija de Fernando VII, hasta la cuarta generación, a contar del último detentador de la corona que arrojó cobardemente al fango de la revolución.

Se cumplirán en toda su integridad las condiciones impuestas por Don Alfonso Carlos en el decreto instituyendo la regencia.

Agosto de 1939

BERNARDO de IRIGOYEN 483
BUENOS AIRES

SE AUTORIZA LA REIMPRESIÓN
TIRADA DE 50.000 EJEMPLARES

El Carlismo intransigente y la decadencia

— Por J. E. CASARIEGO —

Aquella tarde triste en que Fernando VII moría entre intrigas y odios se cerró por completo la noche negra de la decadencia española, después de un lento crepúsculo que había durado cerca de cien años. Las sombras lo envolvieron todo, como un manto lúgubre. Sólo brilló una luz que, a veces, se convertía en gigantesca pira de sangrientos reflejos que, bajo la bóveda del cielo ensombrecido, parecía querer encender el sol del Imperio, que se había puesto, luchaban la luz y las tinieblas, en alucinante pugilato, y aquella se iba reduciendo hasta quedar convertida en un hilo de fuego, en un rescoldo insignificante, que los vientos adversos, en vez de apagar, avivaban y tornaba ser llamada a desear. Lo era, para volver a trocarse en espasmo moribundo. Pero la luz — fuerte o débil — existía siempre y los que andaban perdidos por la obscuridad sentían la confianza bienhechora que le transmitía aquella asca rebelde, que no se apagaba jamás, y que era como un faro providencial que guiaba sus pasos y mantenía encendida su esperanza.

Eso fué el Carlismo: en la larga noche negra de la decadencia. Un faro providencial. El último rescoldo de la gran llamarada española que envolvió al mundo en los días aureos de su Imperio católico y misionero.

Unicamente así se explica su maravillosa pervivencia a través de los tiempos y de las adversidades, de un modo y con un arraigo tal, que no tiene precedentes en ningún otro pueblo de la tierra. Y es que el Carlismo no fué un partido, ni un grupo, ni un movimiento, ni una cruzada. Fué todo eso y algo más que eso: Una mística. Un fuego interior avivado por las ansias y los impulsos ancestrales y eternos de la raza, creados en milenios de la vida peculiarísima y del "hecho diferencial" de lo español.

El Carlismo tuvo en frente a todo el mundo de su tiempo. Todo lo que no era Carlismo estaba contra él. Desde 1833 hasta ahora permaneció aislado, en una posición irreductible, odiado, temido, perseguido, calumniado o ridiculizado. Existía el hecho de una conspiración unánime contra él, que iba desde los falsos tradicionalistas hasta los ácratas. Dentro y fuera de España. Si acaso, alguna devoción puramente platónica, y nada más. Así, cuando la primera guerra, algunas potencias, fieles al espíritu cristiano y auténticamente europeo de la Santa Alianza, miraban con buenos ojos la Causa, el Altar y el Trono de España. En cambio, Inglaterra tenía por la Revolución (y procedía lógicamente velando por los intereses de su Imperio), una afición más que platónica, que se tradujo en el envío de tropas (derrotadas, por cierto, en Orlamendi) y barcos contra los carlistas.

España — madre de las grandes genialidades — dió al mundo en el siglo liberal y transformador del 800, esa nueva muestra de su genio y de su singularidad. Y fué, una vez más, el país, de los grandes contrastes, que puso al lado de los demagogos, los desamortizadores y los incendiarios — más virulentos aquí que en el resto de Europa — los sublimes paladines del mundo antiguo, virtuosos y perennes.

Frente a la Revolución, que era la negación de la Fe y de la Patria, el Carlismo puso, como rasgos más acusados, su pureza, su terca intransigencia y su rudo espíritu combativo, que son las tres características de la raza hispánica en todos los siglos.

Y, como era natural, sus enemigos le echaron en cara estas virtudes, pero, sobre todo, la intransigencia. Aquellas generaciones blandas, deformadas, vagando entre el bien y el mal, sin saber nunca a qué atenerse de cierto, dudando de todo, y en contradicción siempre, jamás pudieron comprender el alto mérito de la intransigencia.

El Panteísmo germano tuvo que sucumbir en España por el sentimiento vivo de nuestra personalidad, de nuestra libertad que siente hasta el místico español, aun en el momento en que está de rodillas y en éxtasis.

Vázquez de Mella.

transigencia antiliberal y antidemocrática, que, cien años después, restauraron los fascistas de Italia y los nazis de Alemania. Los carlistas estaban íntima y ardientemente convencidos de que se hallaban en posesión de la verdad, y la afirmaron, bajo todas las intemperies, con la misma irreducibilidad del que sostiene que el agua moja y que el fuego quema.

Ya lo dice el maestro Menéndez y Pelayo: "La ley forzosa del entendimiento humano, en estado de salud, es la intolerancia... Todo el que posee, o cree poseer, la verdad, trata de derramarla a los demás hombres y de apartar las nieblas del error que la ofuscan. Y sucede, por la oculta relación y armonía que Dios puso entre nuestras facultades, que a ésta intolerancia de la voluntad, y cuando ésta es firme y entera, y no se ha extinguido y marchitado el aliento viril de los pueblos, éstos combaten por una idea, a la vez que con las armas del razonamiento y de la lógica, con las de la espada y de la hoguera... La llamada tolerancia es virtud fácil; digámoslo más claro: es enfermedad de épocas de escepticismo o de fé nula. El que nada cree, ni espera en nada, ni se afana ni acongoja por la salvación de las almas, fácilmente puede ser tolerante. Pero tal mansedumbre de carácter no depende sino de una debilidad e eunuquismo del entendimiento".

La intransigencia y la violencia fueron patrimonio carísimo de los carlistas en ciento cincuenta años de "debilidad" y "eunuquismo" del entendimiento español, mejor dicho, antiespañol, puesto que se desarrolla en España sin sentirla y aún contra ella.

Por esa fuerza nervuda y limpia, por ese convencimiento íntimo, por esa pureza inmaculada (una "blanca página" de la historia, lo llamó Pemán), vivió y se sobrevivió el Carlismo en unos tiempos en que todos los partidos se desarrollaban a la sombra del Poder en presencia o en potencia. El Carlismo luchó contra todos y asistió al entierro de todos. De los progresistas, de los moderados, de los liberales, de los conservadores, de los radicales, de la U. P., del socialismo, del radicalismo, socialismo, del populismo, del anarquismo, que por períodos se vinieron repartiendo el Gobierno y las oligarquías. ¿Qué quedaba de todo eso cuando él ponía millares y millares de hombres sobre las armas, en julio de 1936?

Como en la profecía de Mella, el "cadáver" del Carlismo, tantas veces enterrado por las declamaciones de los sofistas y los hipocritas, se levantó de su tumba precisamente "a la hora de la catástrofe", para salvar la causa de la Religión y la Patria.

EL PADRE PASTOR

No sólo hay en España carlistas; los hay en todas las naciones del mundo. Son españoles que tuvieron que emigrar a la terminación de la campaña; son hombres fuertes que, desafiando peligros, van en pos de un porvenir, a las que fueron colonias nuestras; son los que, al recorrer la tierra, se han afirmado más en la fe tradicionalista, comprendiendo que solamente ésta puede salvarnos; o son los que en virtud de una obediencia a que están obligados por su vocación, tienen que abandonar el suelo amado de la Patria para prestar sus servicios a la religión de Cristo.

Eran los últimos días de nuestra dominación en el archipiélago que descubriera Magallanes y que civilizara, evangelizándolo, Legazpi. Pocos meses después de lo que queremos referir, la bandera española tuvo que arriarse en aquellas islas, donde nuestro imperio continuó cerca de cuatro siglos.

Se hallaba en Cabuyao, provincia de La Laguna, un virtuoso párroco, el Padre Manuel María Pastor, dominico.

Era estimadísimo por su carácter franco, por su españolismo sin tacha, por su bondad y por su celo en el desempeño de su difícil cargo. Tenía simpatías entre cuantos le conocían. Un pundonoroso militar, el general Lachambre, admiraba las virtudes del sacerdote y tenía con él una buena amistad, aun conociendo que sus ideas eran carlistas, contra las que el buen general había combatido en el campo de batalla.

Instituciones Tradicionalistas

LA UNIVERSIDAD DE OÑATE

Todo estaba previsto en el Ejército carlista del Norte; los servicios de la guerra, las municiones de boca, la administración, las atenciones propias de una excelente organización.

Casi todo el territorio de las provincias vasconavarra gozaban de una completa autonomía, pues en nada obedecía al Gobierno liberal. Aquel admirable país estaba sujeto al paternal Gobierno de Carlos VII, a quien consideraban sus voluntarios como el verdadero salvador de la Patria, confiando en que su palabra de conservar los venerados fueros se cumpliría bajo su soberanía.

No se descuidaban los demás asuntos, sobre todo el de Instrucción Pública, que constituía una verdadera preocupación entre los que rodeaban al Augusto Caudillo de la Tradición.

Para extender la cultura en aquellas leales provincias se formó un Distrito Universitario, restableciendo la Real y Pontificia Universidad de Oñate, en la que se habían de dar las Facultades mayores de Teología, Jurisprudencia y Cánones, más los estudios de Segunda enseñanza y Filosofía.

Su Santidad Pío IX declaró a este importante Centro docente en el goce de los derechos y gracias de que antiguamente disfrutaba, y se inauguraron solemnemente las clases, bajo la presidencia del Rev. Don Carlos que confirió en aquel acto la bula de doctores a don Matías Barrio y Mier y a don Justo Zugarbaidi, que habían hecho renuncia de sus cargos respectivamente, como catedrático de la Universidad de Zaragoza, y como abogado y fiscal del Ejército, por no transcribir con los que, con sus revolucionarias y falsas doctrinas, habían llevado a España el abismo.

El primer alumno inscrito en la Universidad de Oñate lo fué don Jaime de Borbón.

Fuó rector don Luis Elío, vicerrector, don Salvador Ordóñez; decano de Jurisprudencia, el señor Barrio y Mier, y director de Segunda enseñanza, don Ramón Rius.

Fuó admirable la organización que se le dió al Centro docente tradicionalista del que dependían otros establecimientos de enseñanza de las cuatro provincias vascas.

Baste decir que se creó un verdadero Distrito universitario, que se abrieron escuelas de primeras letras que se restableció el Real Seminario de Vergara y se fundaron una Academia de Ciencias y un colegio en el convento de Franciscanos de Tolosa, empezando a dar forma a una escuela de Medicina en Estella, que las circunstancias impidieron su total restablecimiento.

El Padre Pastor supo que la columna de su amigo Lachambre desaparecería un día en Cabuyao, de paso para el teatro de la guerra. El buen párroco se enteró del número de jefes, oficiales y soldados que componían la expedición; pasaban de dos mil hombres. Para los soldados preparó rancho, y para los jefes y oficiales, un banquete. El Padre Pastor era un patriota, un excelente español, y fué grande la alegría que experimentó al ver en Cabuyao a los defensores del honor de su España.

En la casa rectoral tuvo lugar el banquete. Guardaba en ella un precioso retrato de Carlos VII que se ostentaba en la plaza en que se celebraba la fiesta. Pero el celoso cura de almas, por prudencia, le ocultó a la llegada de la columna.

Algo debió saber de esto el teniente Ripoll, quien en el calor de la conversación sostenida de sobre mesa, se permitió dirigir ante el generoso sacerdote injurias a Don Carlos y a los carlistas.

Indignado, el Padre Pastor escuchó las palabras de mal gusto del oficial, pero pudo reprimirse por el momento y salió de la habitación.

Poco después volvió, vestido de comandante y con el cuadro que encerraba el retrato del Augusto Caudillo de la Tradición. Ostentando a su Rey, parecía dispuesto al más sublime de los sacrificios. Aquel sacerdote estaba completamente desfigurado. En sus ojos brillaba el entusiasmo por sus ideas, y en un arranque energético, propio de un militar acostumbrado al mando, se colocó en posición de firmeza, y con

Anecdótico Carlista LEVANTAMIENTO MILITAR DE ARAGON EL 22 DE MAYO DE 1855

Fracaso el movimiento iniciado por los carlistas de Cataluña en los años 47 y 48 del pasado siglo, a pesar de las victorias obtenidas por Tristany y otros jefes.

El pueblo se sentía hastiado del Gabinete liberal que desgobernaba a la nación española. Hombres honrados, de sano corazón, llenos de fervores patrios, y que no estaban conformes con el estado de cosas porque se atravesaba en aquellos tiempos en que las revoluciones, los motines y los pronunciamientos de sangraban a los españoles, desorientando a los hombres, echando la semilla de la indiferencia y del error en las almas, deseaban que llegase el momento en que se iniciase un nuevo levantamiento para unirse a los directores del mismo y volver a pelear por las tradiciones.

El disgusto que ocasionaba el sistema sectario del Gobierno sin Dios produjo varios chispazos en algunas ciudades de la Península.

En el Ejército existían muchas simpatías por Don Carlos, a quien deseaban ver al frente de los suyos para prestarle en ayuda y procurar de ese modo la salvación de España, que, por momentos, iba quedando en la mayor de las decadencias por los desaciertos de los de arriba y la falta de unión de los de abajo.

Varios sargentos de la guarnición de Zaragoza trabajaron con gran actividad con objeto de realizar una protesta armada en favor del Conde de Montemolín.

Pusieron en combinación con algunos elementos de los que tomaron parte en la guerra del 33 al 40, y con otros nuevos que se prestaban a secundar el movimiento, y todo convenientemente preparado, resolvieron a sacrificar su existencia acordaron la sublevación para la noche del 22 de mayo de 1855.

El capitán Corrales, alma de la protesta contra las Instituciones liberales, presentóse a las diez de aquella noche en el cuartel, bajo el pretexto de que tenía enfermo su caballo, poniéndose a jugar al tresillo con los oficiales de guardia, que se vieron a los pocos momentos sorprendidos por unos cuantos sargentos acompañados de otros paisanos, capitaneados por el jefe carlista Puñales.

No hubo necesidad de hacer uso de las armas, quedando encerrados en el cuartel de los Borbones.

Entretanto, el escuadrón de Bailén y parte de los de los regimientos de Aragón y Cataluña tomaron las armas, montaron en sus caballos, y salieron del cuartel sin poder ir a los órdenes de Corrales.

Pronto corrió la noticia de lo sucedido en la ciudad zaragozana. El general Gurrea organizó inmediatamente el núcleo principal de las tropas y se puso a perseguir a los que habían proclamado a Carlos VI.

En Carriñena se encontraron unos y otros, Corrales hizo frente con los suyos a las tropas de Gurrea, y se

varonil exclamó:

— Señores, ante la imagen del Soberano debemos todos rendirnos. Nosotros, como militares, estamos obligados a presentar armas.

Todos aplaudieron el rasgo valiente del Padre Pastor. El teniente Ripoll quedó corrido.

Al ruido de los aplausos acudió el general Lachambre, que se hallaba en la plaza presenciando el reparto del rancho a la tropa. Al subir a la habitación se le explicó la ocurrencia.

Nuestro buen sacerdote tomó entonces la palabra, diciendo:

— No hay que confundir, señores, la cortesía con la cobardía. Aquí todos somos españoles. Fuera de la Patria y en sitio adonde venidos a trabajar por ella debemos estar guiados por el mismo pensamiento; es el de salir por su honor, defendiéndola y exponiendo para ello cuanto tenemos. Yo creía hacer más agradable la estancia de ustedes retirando este cuadro pero ante palabras injuriosas, he querido probar que los carlistas, si son corteses, no son cobardes.

A lo cual contestó el general Lachambre:

— Estoy conforme; nadie mejor que yo lo puede asegurar.

En efecto, el general había tenido ocasión de conocer quiénes eran los carlistas cuando contra ellos se batió en la campaña del Norte, de 1874.

entabla una acción violenta en la que estuvieron a punto de vencer los partidarios de la Legitimidad.

Desgraciadamente para los carlistas, no llegaron a tiempo los refuerzos que esperaban del bajo Aragón, a las órdenes de Marco de Bello, y el movimiento fué ahogado en sus comienzos, cayendo Corrales, Puñales, Hernando y otros jefes en poder del general Gurrea, que envió a aquellos héroes al patíbulo.

IDEARIO TRADICIONALISTA

(Conclusión)

29 Los tradicionalistas quieren las Cortes a la antigua usanza.

30 Los que estén representadas las actividades sociales.

Cada una de estas actividades forma su grupo.

Y así tenemos:

Labradores.

Propietarios.

Industriales.

Comerciantes.

Obreros.

Profesiones liberales.

Y no serán los comerciantes, los que elijan los representantes de los labradores.

31 Los industriales, los de las profesiones liberales.

Porque cada cual está capacitado para elegir al que le convenga por su competencia.

De esta forma, se emancipan los españoles de la tiranía de los partidos políticos.

Y se da a las Cortes una constitución orgánica.

32 También tienen asiento en Cortes:

La clase que representa el interés religioso, o sea el clero.

La clase que representa el interés intelectual, o sea las Universidades y Corporaciones científicas.

La clase que representa el interés de defensa de la Patria, que es el Ejército.

Las regiones.

La Justicia.

De lo expuesto se deduce que lo que los tradicionalistas defendemos, son unas Cortes Corporativas, o Representativas.

33 Importa mucho añadir que los representantes de las Corporaciones y clases, tendrán Mandato imperativo.

Que es el vínculo de unión entre el elector y el elegido.

Que impide se falsee ni contrarie la voluntad del elector.

Porque el procurador se encuentra ligado al compromiso contraído con el elector.

Y en aquellos asuntos para los cuales haya recibido mandato imperativo, tendrá que remitirse al deseo expreso de sus electores.

34 El cargo de diputado o procurador es incompatible con cualquier otro del Estado, debiendo someterse a Juicio de residencia.

Haciéndose un balance de la fortuna anterior y posterior al cargo.

35 Las regiones tendrán también sus Juntas o Cortes regionales.

Que son de un solo cuerpo legislativo.

Tendrán asiento en dichas Juntas o Cortes, los representantes:

De la milicia.

Del clero.

De la clase media.

De la clase capitalista.

De la clase obrera.

De las corporaciones de agricultores, propietarios, profesiones liberales, etc.

Las Juntas o Cortes regionales tendrán funciones legislativas y

(Continúa pág. 4)

Victorias de nuestras cruzadas

SAN PEDRO ABANTO

Hay cosas que admiran. El valor, el heroísmo y la fe llevan a cabo empresas grandes, que asombran y dejan el ánimo embargado. Se han hecho estudios de batallas de los tiempos últimos, se ha observado el detalle de hechos notables, y, sin embargo, no se han detenido lo suficiente los historiadores y los tácticos a examinar la "batalla de los tres días", que los carlistas empeñaron contra unas fuerzas muy superiores a las suyas, sin comer, casi desahucados, sin artillería, y resistiendo un fuego de setenta cañones, el ataque de una artillería valerosa, y sin tener para su defensa más que los fusiles de los revolucionarios y su heroísmo, capaces de morir todos, dispuestos a sucumbir en aquella batalla, que debiera haber sido decisiva, dándole el triunfo definitivo.

Al frente de nuestras tropas se encontraba el bravo, el leal, el pundonoroso general Elío, y a sus órdenes peleaban como héroes Dorregaray, Ollo, Mendirí, Velasco, Radica, Alvarez y muchos más, algunos de los cuales regaron con su sangre el campo de batalla, y otros, aunque algunos días después, fueron víctimas de una granada enemiga. Para la Causa Carlista, para la Comunidad católico-monárquica, encierra esta batalla una de las más brillantes páginas.

Serrano, con sus republicanos, se disponía a destrozar el núcleo más importante de nuestro Ejército. Contaba con cuarenta y ocho batallones y con setenta piezas de artillería. Allí estaba la flor y nata de los generales y jefes liberales.

No había nacido el día 25 de marzo de 1874 cuando los enemigos rompieron el fuego sobre nuestras fuerzas. El combate se iniciaba sin consideraciones. Las divisiones liberales se despararon por el valle, colocándose los generales Primo de Rivera, Loma y Letona, por la izquierda, centro y derecha, respectivamente, de las posiciones carlistas.

Un batallón de voluntarios nuestros, compuesto de gente bisoña, abandonó el parapeto del Portillo, ante la aglomeración de granadas que sobre ellos caían, causando la destrucción y la muerte.

Fue un contratiempo. Los republicanos se apoderaron de aquella posición, y tal era la avalancha de soldados que amenazaron a los carlistas, que los caudillos liberales creyeron que pronto se declararían en derrota vergonzosa los voluntarios de la Legitimidad. Resueltamente se lanzaron sobre nuestros soldados y las demás posiciones; pero fueron rechazados con valor inmenso. El combate se recrudece, las cornetas suenan por todas partes, se organizan los desprevenidos batallones de Velasco, Lizarraga y Larrañendi. Los republicanos reciben más refuerzos y los carlistas son aniquilados por los batallones navarros, que estaban de refresco. Siguió el combate todo el día, y el tesón de los republicanos fue vencido por la resistencia de los leales, que no abandonaron ya ningún otro puesto.

La noche interrumpió la pelea. Más llegó el día 26, y el fuego se rompió nuevamente. Serrano quería a toda costa desalojar de sus parapetos a los nuestros. El cañoneo fue más nutrido que el día anterior. Se vertía la sangre a raudales. Entramos en lucha; ya no se cuidaban unos y otros sino de disparar, de herir, de vencer. El duque de la Torre reforzó su centro y su derecha. Los combatientes estaban tan próximos, que las voces de mando, las arengas y el griterío de los unos se escuchaban claramente donde los contrarios se hallaban.

Primo de Rivera abandonó la idea de ocupar las alturas de Triano y se inclinó con sus tropas hacia el centro. En él estaba Loma, sostenido ya por el fuerte apoyo de los batallones de Letona. El combate, pues, se reconcentró en un punto. Una columna de fuego horroroso envolvía a los carlistas de Santa Juliana y San Pedro Abanto; pero no cesaron un momento de disparar sus fusiles, defendiéndose con una bizarria, inaudita.

Terminó también el día 26. Ni Primo de Rivera ni Letona habían conseguido avanzar nada; solamente Loma se sostuvo en las Carreras.

Llegó, por fin, el 27. Para los carlistas era un gran día. Celebraban la festividad de la Virgen de los Dolores. Bajo su protección luchaban. Era la Generalísima de los Ejércitos de la Tradición, y ante su estandarte crecían en valor, querían renovar renovar la lucha más arduamente.

Confiaban en su Patrona y convenientemente preparados durante la noche, en que no durmieron, vigilando los movimientos del enemigo, emprendieron la lucha apenas vino la luz de la aurora. La torre de San Pedro Abanto, batida por los cañones, se sostenía irreducible. En ella había corazones de bravos que no se rendirían jamás.

Los republicanos, con tropas cansadas y numerosas, se encaminaron a la derecha carlista, que era la más fuerte, con intento de dividir a los voluntarios de Carlos VII y apoderarse de San Pedro Abanto. El ataque a este pueblo fue de lo más rudo y formidable. Se acercaba el supremo momento. Los nuestros ante el Rey, que presenciaba el combate, veían que la muerte les acechaba, que amigos y compañeros caían heridos, que yacían otros moribundos, exhalando ayes amargos de agonía y de dolor, que muchos habían dado su vida, y enfervorizados, veían que los republicanos se acercaban, y aguardaban sin importarlos nada más que el honor de la bandera que defendían.

Un batallón de Infantería de Moriones intentó saltar los parapetos. Los nuestros hacen una y otra y muchas descargas nutridísimas. Los marinos ensangrientan el suelo, pero no desmayan y vuelven al intento. Casi quedó en cuadro el batallón. Pero los que quedaban se defendían con bravura. La impaciencia devora a los carlistas y saltando de los parapetos cargaban a la bayoneta y acababan con todo el batallón, haciendo retroceder, con espanto, a la columna que tras ellos venía en su defensa.

Rehechos los liberales, al mando de Loma, vuelven al asalto, y el fuego de los carlistas los defiende nuevamente.

Otro intento y los republicanos consiguen llegar al parapeto. La defensa carlista es fuerte, pero los nuestros tuvieron que retirarse con orden, sin perder un solo prisionero. Al retirarse ocupan un grupo de casas más elevado. Los republicanos avanzan, pero un batallón parapetado en San Fuertes manda sobre ellos una granizada de balas. De frente son batidos por los que ocupan San Pedro, y desde la derecha, por los de las Minas. Desde aquel momento fue inútil que Serrano animase a sus tropas. Caen muertos, bajo el plomo carlista, centenares de republicanos. Loma y Primo de Rivera son gravemente heridos, y la columna es diezmada entre Murieta y San Pedro. Las fuerzas enemigas que atacaron a Mentaño fueron también rechazadas.

do que el día anterior. Se vertía la sangre a raudales. Entramos en lucha; ya no se cuidaban unos y otros sino de disparar, de herir, de vencer. El duque de la Torre reforzó su centro y su derecha. Los combatientes estaban tan próximos, que las voces de mando, las arengas y el griterío de los unos se escuchaban claramente donde los contrarios se hallaban.

Primo de Rivera abandonó la idea de ocupar las alturas de Triano y se inclinó con sus tropas hacia el centro. En él estaba Loma, sostenido ya por el fuerte apoyo de los batallones de Letona. El combate, pues, se reconcentró en un punto.

Una columna de fuego horroroso envolvía a los carlistas de Santa Juliana y San Pedro Abanto; pero no cesaron un momento de disparar sus fusiles, defendiéndose con una bizarria, inaudita.

Terminó también el día 26. Ni Primo de Rivera ni Letona habían conseguido avanzar nada; solamente Loma se sostuvo en las Carreras.

Llegó, por fin, el 27. Para los carlistas era un gran día. Celebraban la festividad de la Virgen de los Dolores. Bajo su protección luchaban. Era la Generalísima de los Ejércitos de la Tradición, y ante su estandarte crecían en valor, querían renovar renovar la lucha más arduamente.

Confiaban en su Patrona y convenientemente preparados durante la noche, en que no durmieron, vigilando los movimientos del enemigo, emprendieron la lucha apenas vino la luz de la aurora. La torre de San Pedro Abanto, batida por los cañones, se sostenía irreducible. En ella había corazones de bravos que no se rendirían jamás.

Los republicanos, con tropas cansadas y numerosas, se encaminaron a la derecha carlista, que era la más fuerte, con intento de dividir a los voluntarios de Carlos VII y apoderarse de San Pedro Abanto. El ataque a este pueblo fue de lo más rudo y formidable. Se acercaba el supremo momento. Los nuestros ante el Rey, que presenciaba el combate, veían que la muerte les acechaba, que amigos y compañeros caían heridos, que yacían otros moribundos, exhalando ayes amargos de agonía y de dolor, que muchos habían dado su vida, y enfervorizados, veían que los republicanos se acercaban, y aguardaban sin importarlos nada más que el honor de la bandera que defendían.

Un batallón de Infantería de Moriones intentó saltar los parapetos. Los nuestros hacen una y otra y muchas descargas nutridísimas. Los marinos ensangrientan el suelo, pero no desmayan y vuelven al intento. Casi quedó en cuadro el batallón. Pero los que quedaban se defendían con bravura. La impaciencia devora a los carlistas y saltando de los parapetos cargaban a la bayoneta y acababan con todo el batallón, haciendo retroceder, con espanto, a la columna que tras ellos venía en su defensa.

Rehechos los liberales, al mando de Loma, vuelven al asalto, y el fuego de los carlistas los defiende nuevamente.

Otro intento y los republicanos consiguen llegar al parapeto. La defensa carlista es fuerte, pero los nuestros tuvieron que retirarse con orden, sin perder un solo prisionero. Al retirarse ocupan un grupo de casas más elevado. Los republicanos avanzan, pero un batallón parapetado en San Fuertes manda sobre ellos una granizada de balas. De frente son batidos por los que ocupan San Pedro, y desde la derecha, por los de las Minas. Desde aquel momento fue inútil que Serrano animase a sus tropas. Caen muertos, bajo el plomo carlista, centenares de republicanos. Loma y Primo de Rivera son gravemente heridos, y la columna es diezmada entre Murieta y San Pedro. Las fuerzas enemigas que atacaron a Mentaño fueron también rechazadas.

El gran rey, Felipe II, abrió dos veces las Cortes en Cataluña, una como príncipe y otra como rey, leyendo en catalán los discursos. Para que aprendan los tontos que persiguen el catalán y pretenden hacer de la hermosa España varia en su unidad indestructible; un plagio exótico de otras naciones.

das, y los liberales, destrozados, desisten de romper nuestra línea. Serrano no pudo socorrer a Bilbao. Había fracasado ante la bravura de los tradicionalistas, que, sin artillería, habían resistido durante tres días el fuego de setenta cañones y habían demostrado a la faz del mundo que eran capaces de todo después de haber vencido a un aguerrido ejército, como era el que mandaba en jefe el general Serrano.

A cuatro mil ascendieron las bajas de los republicanos. El número de muertos y heridos de los carlistas casi llegó a 2.000.

Fue la batalla de San Pedro Abanto de las más brillantes para nuestro Ejército.

A propósito de esta batalla, un distinguido jefe de Artillería liberal, el señor Villegas, en su "Juicio crítico de la guerra civil", se expresaba así:

"El fuego de nuestra artillería era poca cosa, a pesar de ser muy rápido y certero, para amedrentar a aquellos enemigos tan valientes y decididos, que salían de sus parapetos y se descubrían para tirar mejor contra las tropas que los asaltaban. La metralla de nuestros cañones no era suficiente a proteger nuestra infantería contra unos enemigos tan bravos y tenaces."

Y el mismo general López Domínguez, herido en el combate, afirmaba en su folleto sobre la batalla de los tres días, que "únicamente puede encontrarse algo semejante en la guerra de Crimea; pero sólo en la zona ocupada por la torre de Malakoff, cuando su célebre asalto".

En la "Narración militar de la guerra carlista", escrita por el Cuerpo de Estado Mayor del Ejército, se cita el caso de una compañía carlista de navarros, que ante el horroroso fuego de varios cañones, trató de retroceder; pero al advertir los oficiales que don Carlos estaba presenciando el combate, volvieron a embestir nuevamente, ocupando sus trincheras y rezando en alta voz el acto de contrición, preparados a morir en el puesto del honor.

La famosa expedición

Los triunfos conseguidos por los generales carlistas hacían presagiar el definitivo con la entrada en Madrid de Carlos V. En toda la península estaba en erce de entusiasmo. Las banderas legítimas se habían desplegado en la mayor parte de las regiones. Los movimientos parciales debían traducirse en hechos, aunando las voluntades, ordenándose bajo un solo jefe, regimentando a los que salieron al campo del honor.

El entusiasmo no se apagaría si el Caudillo emprendía sus operaciones con la energía necesaria.

Ya no eran tiempos de pelear infructuosamente. Un plan ordenado de operaciones se imponía, y éste llegó. La iniciativa del Rey decidió una empresa, al parecer propia de gigantes, pero que era realizable.

Navarra y las provincias vascongadas eran regiones nuestras, dominadas por nuestro ejército, donde se había arraigado el amor a los benditos ideales tradicionales.

Un paseo triunfal de las banderas por la Península acabaría por llevar al Trono de San Fernando a su digno descendiente.

Don Carlos de Estella al mando de tres divisiones, pernoctando el 16 de mayo de 1837 en Echauri.

Preparóse por los ingenieros un magnífico puente flotante, que fue echado sobre el Arga a la mañana siguiente, y por él pasaron a la orilla opuesta, con objeto de emprender su marcha hacia Aragón.

El Rey y su gentilhombre de servicio, el marqués de Villafranca, se trasladaron en una barca, al mismo tiempo que las campanas de Echauri repicaban, que las músicas de los batallones de

Galería de Personajes Carlistas

El Coronel Carrión

Fue don Epifanio Carrión un carlista de brillante historia militar. Su amor a la Causa constituía en él una verdadera idolatría. No vivía tranquilo si su brazo no se hallaba puesto al servicio de Don Carlos.

Por eso se le vio en los campos de batalla en la primera guerra carlista, en la que conquistó lauros de vencedor y aprendió a ser bravo.

Con un escuadrón de lanceros había operado casi siempre con cierta independencia, como si fuera el elegido para llamar la atención del enemigo, dividiéndolo y colocándolo casi siempre en el riesgo de la derrota.

Carrión mantenía sus fuerzas fuera de los grandes núcleos de soldados, apareciendo, de sorpresa, por donde menos se le esperaba, y causando espanto en las fuerzas isabelinas, sobre las que de improviso caía para desbaratarlas.

Son incontables los triunfos de este guerrillero, a quien conocían muy bien por su valor el conde de Negri y Valmaseda, a cuyas órdenes estuvo en algunas ocasiones.

Cuando Carrión llegó a conocer los planes de la intencional de San Carlos de la Rápita, se puso al frente de una partida, con la que recorrió los pueblos de Baracaldo, Duero y Sotillo. Creían

que aparecerían por todas partes grupos de carlistas armados. Pero aquello no fue así. Los que estaban preparados a salir al campo del honor no recibieron las órdenes, y se quedaron en sus casas. Los impacientes, los que, como Carrión, suspiraban por el ansiado momento de la cruzada nueva, pagaron bien cara su ligereza, hija del excesivo amor a la Causa.

El coronel Carrión llevaba consigo a un hijo suyo, que también había medido sus armas con los isabelinos en la guerra del 33 al 40.

Perseguida la partida por considerable número de soldados, se trabó un combate, desventajoso para el puñado de correligionarios nuestros. El jefe iba a ser hecho prisionero. Su hijo lo defendió con gran valor, pero de nada le sirvió aquel supremo esfuerzo. Cayó herido de muerte a los pies del autor de sus días, y éste fue aprehendido por los liberales.

Conducido a la cárcel de Palencia, un Consejo de guerra condenó a don Epifanio Carrión, que había pasado por el duro trance de ver morir a su hijo, a ser pasado por las armas, no sin antes edificar a todos con su serenidad y resignación, propias de un cristiano y de un caballero que moría por su Dios, por su España y por la Legitimidad.

Don José María de Pereda

De vieja familia prócer de hidalgos montañeses, nació en Polanco (Santander), en 1833 don José María de Pereda, que con su nombre añadió un aureo eslabón a la larga cadena de glorias del Tradicionalismo español.

Descuella la figura del inmortal prosista como uno de los valores más rectos y positivos del siglo XIX — tan plagado de falsas frivolidades y convencionalismos liberales — y a toda su actuación — la del hombre, la del político, la del literato — va unida siempre su condición de hidalgo español, cristiano viejo, amante de su fe y de las tradiciones de su patria. Y se comprende fácilmente. Su hogar fue el prototipo de las casas solariegas de Es-

paña. Sus padres tuvieron veintidós hijos y a todos los educaron en el santo temor de Dios y en el respeto a las instituciones fundamentales de la sociedad. Vese, pues, una vez más lo que importa en el individuo una acertada y cristiana educación familiar.

Muy joven, Pereda quiso seguir la carrera de las armas e ingresar en el Cuerpo de Artillería. Puso manos a la obra. Pero le tiraban más las letras que las matemáticas y pronto abandonó sus propósitos castrenses.

Empezó a escribir artículos y crónicas en los periódicos. El inmortal prosista empezó a caminar por la senda que tanta justa gloria había de darle después.

Sus obras traspasaron las fronteras para expresar su belleza y su reciedumbre en casi todas las lenguas cultas. La crítica, unánime — con una unanimidad extraña en ella — ensalzó sus libros. Todos los conocen: "Escenas montañesas", "Sotileza", "Peñas Arriba", "Blasones y Talegas", "Don Gonzalo González de la Gonzalera", "El sabor de la tierra", "De tal palo, tal astilla", "El bucy suelto", "La Montañez" y otras muchas que conoce todo el mundo. Hablar, pues, de Pereda como literato sería ensartar una serie de afirmaciones laudatorias consagradas desde hace muchos años.

¿Alguna anécdota?

Pereda, como buen español tradicionalista, era un defensor acérrimo de la pureza del idioma; los galicismos, sobre todo, le inspiraban verdadero horror. Cierta día hallábase en Polanco, escribiendo su impecable novela "El sabor de la tierra". Con él se hallaba "Apeles Mestres", el gran dibujante, que tomaba apuntes del natural para ilustrar. "Apeles" también era literato y tenía el capricho de releer las cuartillas del maestro. En un párrafo descubrió un vocablo que era un galicismo: "avalancha", que se le había escapado a Pereda. Se lo advirtió y fue inmediatamente corregido, pero esto causó tal efecto a Pereda que estuvo preocupado varios días.

¡Magnífico ejemplo para los desaprensivos escritores de ahora que tan horriblemente destruyen el idioma.

Modelo de leales, don José María militó siempre en las filas del Carlismo. En 1869 fue diputado en las Constituyentes, formando parte de la minoría tradicionalista. Murió en 1906, en Santander, "bien con su Dios y en paz con su conciencia", como dijo Villaseca; con la satisfacción de haber vivido cantando a la Patria y a las tradiciones, ofreciendo su lealtad al Rey legítimo y dando a sus conciudadanos la sana doctrina de sus bellas e inmarcesibles obras.

"El doble principio de la Monarquía y del Catolicismo sobrevivirá a todos los trastornos y rechazará todos los elementos de disolución puestos en acción para arruinarlos" — BALMES.